

Una lógica influyente

ESTUDIO DE LAS RELACIONES ENTRE MARXISMO Y CRISTIANISMO A PARTIR DEL ANÁLISIS DEL DISCURSO MILITANTE.

Por François DENANTES *

Las autoridades de la Iglesia nos lo recuerdan regularmente: el marxismo es incompatible con la fe. ¿No es materialista y ateo? ¿No engendra el odio?... Y advierten al cristiano para que desconfíe de las tácticas de la "mano tendida".

Se observa, sin embargo, que el marxismo encuentra cada vez más simpatía en los cristianos, de los cuales algunos incluso proclaman que lo han adoptado en nombre de su fe. Se observa también, a pesar de esta afirmación por su parte, que la fe de muchos de ellos no ha podido resistir el hecho de su compromiso con "la lucha de clases".

Desde el momento que se habla de los marxistas, un "a priori" metodológico parece imponerse: para entenderles, se debe conocer, en primer lugar, el pensamiento de Marx, como si, con toda evidencia, detrás de cada movimiento o cada militante marxista se perfilase su sombra protectora! Ahora bien, la mayoría de los militantes "son marxistas" sin haber leído a Marx o antes de hacerlo; la referencia al pensamiento de Marx introduce, por lo tanto, un elemento que, por capital que resulte ante sus ojos, no permanece menos independiente de su marcha, con el riesgo de imponer a su reivindicación de "ser marxista" una interpretación prefabricada. Efectivamente, cuando se trata con el marxismo tan sólo a partir de sus militantes, se observa que el pensamiento de Marx es capital, más por el símbolo que representa (está rodeado de una fama fantástica y citado con tanto respeto como un texto escriturario) que por la referencia rigurosa y explícita a lo que dice: esta referencia no entra ni en las posibilidades, ni siquiera, a menudo, en las preocupaciones de los militantes: *se sienten marxistas*, saben que están cubiertos por este pensamiento genial, y esto les basta.

Me propongo aquí precisar las características de este sentimiento de ser marxista, partiendo de un análisis de la lógica militante, para mostrar luego cómo esta lógica puede inducir a un caminar susceptible de llevar a los creyentes a perder su fe.

* Sacerdote obrero francés.

F. DENANTES

Para evitar un grave malentendido sobre el alcance de nuestras reflexiones, precisamos en primer lugar que pretendemos describir, no las ideas de los militantes, sino su *discurso*. Ahora bien, el discurso de un movimiento o de una sensibilidad colectiva no refleja forzosamente, los pensamientos o las intenciones de cada adherente en particular; traiciona entre ellos una suerte de convenio tácito que define el campo de su comunicación, aquello que "comparten" cuando se reúnen o aquello que dicen en su propaganda. Este discurso se caracteriza por insistencias (los temas sobre los cuales se vuelve sin cesar), pero también por silencios, prohibiciones. El respeto de estos silencios y de estas prohibiciones es la señal de que se participa en el consenso del movimiento.

Si es un error reducir los militantes a su discurso, éste no deja sin embargo, de desempeñar un papel normativo; a fuerza de decirse tan sólo ciertas verdades y de dejar otras en silencio, es inevitable que se cree un condicionamiento.

Entre toda la gente que dice ser marxista, existe un amplio abanico de formaciones políticas; sin embargo, más allá de sus divergencias de programas, y a pesar de los anatemas que subrayan sus relaciones mutuas, el análisis de su discurso muestra que todos ellos coinciden en cierto número de reflejos comunes que les definen como marxistas y gracias a los cuales se les reconoce como tales. Este discurso militante lo hemos recogido en reuniones, mítines, octavillas, periódicos y a veces, también, en conversaciones mantenidas con ciertos militantes.

Subrayamos, por fin, que los marxistas de que hablamos son *franceses*; se inscriben, por lo tanto, dentro de un contexto histórico, político y cultural muy determinado.

UNA VISION DRAMATICA DE LA SITUACION PRESENTE

"La situación actual es intolerable; no para de empeorar. Esto ya no puede durar!..." Si existe una constante del discurso militante se halla sin duda en esta visión sistemáticamente dramática del presente. No hay ninguna publicación militante o reunión de militantes que no esté llena, esencialmente, de narraciones dramáticas e indignantes; octavillas, periódicos o discursos de mítines, desde el P.C. hasta los izquierdistas, pasando por los sindicatos, describen una actualidad uniformemente espantosa, que debe causar la indignación y hacer que se saque la conclusión de que, si las víctimas no se sublevaran, corren a la catástrofe (es la "pauperización creciente"). En particular, el discurso militante no encuentra nunca palabras bastante fuertes para calificar el carácter inaguantable del sistema político actual. Dramatizar es una condición necesaria, una prueba de que uno "es marxista", la señal de una sensibilidad revolucionaria. Si el simple uso de la fórmula "clase obrera" identifica a su autor como marxista ¿No será porque está cargada de la imagen dramática de la condición obrera?

UNA LOGICA INFLUYENTE

La menor declaración de satisfacción o de aprobación de la política actual excluye de la sensibilidad marxista; hace que su autor se vea aplicar la infamante etiqueta de "reformista"; dejar de dramatizar es lo mismo que ponerse de parte de la derecha y de la reacción, ya que equivale a tolerar la injusticia presente.

Por lo tanto, la dramatización ya no resulta de una comprobación: es una *obligación* para los militantes. En primer lugar, porque favorece la toma de conciencia y la politización de los oprimidos, sin lo cual las acciones a su favor no podrían superar la asistencia y el paternalismo. Los oprimidos deben convertirse ellos mismos en los agentes de su propia liberación. En segundo lugar, porque va a permitir la aparición de la solidaridad, característica esencial, y la más valorada, de la "conciencia de clase". Esta aparición es la gran preocupación de la acción militante; el deber del militante es despertar el "descontento", ya que éste, al estimular la combatividad, va a permitir que se fragüe la solidaridad. "El descontento" es un requisito de la "conciencia de clase"; es su signo; un obrero satisfecho no podría ser solidario de la "clase obrera"; su satisfacción muestra hasta qué punto se halla "alienado" por el sistema capitalista.

De modo que descontento, combatividad y solidaridad se llaman mutuamente en una relación de circularidad. Si el descontento se encuentra, en principio, en el punto de partida, puede ser también la consecuencia de la exigencia de solidaridad. Por el mero hecho de que vivimos en régimen capitalista, dramatización y descontento resultan obligatorios y estructurales, y ninguna mejoría, cualquiera que sea su calidad, podrá acabar nunca con ellos: siempre, y forzosamente, volverán a la carga.

A fuerza de tanto dramatizar, el discurso militante impregna a aquellos, a quienes se dirige, del sentimiento, específico de la sensibilidad marxista, de vivir una realidad inédita y que ha roto totalmente, tanto con el resto de la sociedad, como con el pasado.

Si, en un principio, el lugar privilegiado de la dramatización es "la clase obrera", la rúbrica "explotados" no cesa de ampliarse, hasta el punto de que la mayoría de las categorías sociales ("el pueblo de Francia") o de los problemas de la existencia se convierten en pretextos para la dramatización: los inmigrantes, los niños abrumados por el sistema escolar, los soldados, las mujeres, los homosexuales, el trabajo, los transportes... Con el enfoque de la dramatización han sido abordados por los marxistas los grandes debates sobre la moral familiar de los últimos años. En breve, ya no existe ni una situación, ni una dificultad de la vida que no sea motivo de dramatización; ésta, al hacer conscientes y solidarios a los interesados, va a mostrarles que tan sólo una alternativa política global y radical podrá dar a su problema una solución válida.

"La clase obrera" tiene, sin duda, primacía de derecho; los otros temas de dramatización procuran no olvidarse de ello, y se integran en una "lucha de clases" que resulta siempre ser la punta de lanza. Pero ¡cuánta agilidad es precisa para enganchar tantos vagones siempre a la misma locomotora!

F. DENANTES

LA ESPERANZA ACTIVA DE UN MEJOR PORVENIR

Para no convertirse en jeremfada estéril, la dramatización militante debe ser fundada en la convicción de que el porvenir puede y debe ser mejor: ¿para qué sublevarse contra una situación intolerable si no es posible ninguna mejoría? El optimismo es correlativo de la dramatización. La fe en la construcción de un porvenir más feliz ("el socialismo") es subyacente a una dramatización que aparece así como el resorte del "progresismo"; el descontento vehicula ya una aspiración revolucionaria, "un proyecto político". Para la sensibilidad marxista, dramatizar aparece, pues, como un signo de modernidad, una exigencia de prospectiva, la prueba de que se tiene "el sentido de la historia"....

De ahí esta otra constante del discurso marxista y revolucionario: la idealización del porvenir, la utopía, el optimismo (cf. los innumerables desarrollos sobre el "progreso" o "la felicidad"). La felicidad socialista será la antítesis exacta del presente intolerable de la sociedad capitalista y el éxito socialista resultará a la medida de las privaciones y del heroísmo de los militantes. Mientras más dramatiza el discurso militante, más desarrolla, en contraste, la imagen de un socialismo apacible, sólido, tranquilizador (ya se trate del socialismo venidero o del socialismo de los países del Este).

Las únicas alegrías que menciona no son evidentemente los placeres alienantes brindados por el consumo capitalista, sino las alegrías que los militantes descubren en la solidaridad y la fraternidad de sus luchas: ¡alegrías prospectivas, gusto anticipado de lo que será una sociedad socialista y resplandeciente!

Así, el pesimismo sobre el porvenir en las actitudes "reaccionarias", se pone en relación con la satisfacción beatífica del presente, ya que ambos se conjugan para garantizar el desorden y la injusticia establecidos. Por el mismo motivo que la dramatización, el optimismo es, por lo tanto, un deber para los militantes, un testimonio de sus convicciones revolucionarias.

LA POLARIZACION SOBRE UN SOLO TEMA: LA JUSTICIA (Y "LA LUCHA DE CLASES").

Cualesquiera que sean los temas abordados durante una reunión de militantes o en un periódico militante (problemas económicos, técnicos, sexuales, educativos, religiosos...) todos lo son, en virtud de la dramatización, a partir del sentimiento de injusticia que acarrea un análisis en términos de "lucha de clases".

La dramatización ha creado tal sentimiento de urgencia y, por ello, tal movilización afectiva, que parecería inoportuno interesarse por otra cosa que el carácter intolerable de las situaciones denunciadas. Relajando su atención, ¿no dejan los militantes el campo libre al adversario de clase, quien no dejará de aprovechar, tranqui-

lamente esta tregua para extender sus privilegios y su dominación? Por ello, un grupo o un periódico marxista no habla nunca sino de la justicia y de "la lucha de clases": constituyen su única preocupación y su razón de ser; y todas las divergencias entre movimientos marxistas se sitúan dentro de esta preocupación (1). Algunos militantes, incluso, lo han interiorizado tan bien que, hasta en sus conversaciones privadas, parece que ya no pueden hablar de otra cosa.

El gran imperativo intelectual del análisis militante es el formular los problemas de que se ocupa en términos de "lucha de clases", ya que tan sólo este esquema permite descubrir el mecanismo de la injusticia. Gracias a "la lucha de las clases", los militantes están convencidos de que disponen de un sistema de explicación tan suficiente y completo. (¿no está adosado a los análisis del marxismo?) que exime de otras posibles aproximaciones y se hace, por lo tanto, exclusivo. Quien se atreviera a sugerir, durante una reunión de militantes, que en la situación analizada pueden intervenir factores independientes de "la lucha de las clases" y quizá más importantes que ella, suscitaría inmediatamente, de parte del grupo, una reacción de desconfianza e incluso, a menudo, de rechazo.

SILENCIO SOBRE LA FRAGILIDAD DE LA CONDICION HUMANA

La exigencia de optimismo consecutiva a la dramatización, al mismo tiempo que habla constantemente del porvenir, va sin embargo, a obligar a la sensibilidad militante a dejar en silencio todo aquello que, cualquiera que sea la actuación de los hombres, vendrá inevitablemente, a ensombrecer el porvenir: el sufrimiento, el oca-so, la muerte, el egoísmo irreductible del hombre...; en breve, la dimensión de radical fragilidad de la condición humana.

A esta disimulación van a concurrir todas las determinantes de la lógica militante:

— porque se preocupa por el porvenir, ella se identifica con los anhelos de los jóvenes, habla en su nombre; ahora bien, la fragilidad de la vida no entra en las preocupaciones de la juventud;

— porque quiere ser lógica de un combate, "lucha de las clases", del cual ni los adversarios ni las fronteras pueden señalarse con precisión, debe subrayar sin cesar las especificidades que caracterizan a los explotados, permitiendo que se reconozcan entre sí y justifiquen su lucha; sin embargo, la contingencia no es la marca de ninguna clase social: tiende más bien a relativizar sus divergencias mutuas.

(1) El tema de la enseñanza es particularmente significativo: en el discurso militante, toda la reflexión está enfocada hacia el único problema de la igualdad de oportunidades.

F. DENANTES

— lógica de combate y por lo tanto de solidaridad: de ahí la primacía concedida a los "valores colectivos"; ahora bien, la contingencia es vivida siempre de forma tan individual que lleva a los individuos a replegarse sobre sí mismos, alejándoles de las preocupaciones colectivas.

— lógica de acción, de "praxis": para movilizar mejor aquello que el hombre puede realizar, más vale dejar en silencio lo que deberá sufrir; la exaltación de lo posible necesita la disimulación de lo ineluctable;

— la llamada a un cambio "revolucionario", a una ruptura radical con el presente, se lleva mal con una conciencia de lo efímero, que no puede dejar de relativizar la radicalidad revolucionaria.

A ello se debe añadir el reflejo, provocado por toda dramatización, de declarar inocentes a las víctimas: cuando denuncia "la explotación del hombre por el hombre", el discurso militante atribuye la total responsabilidad al capitalismo, que pudre las relaciones humanas por el afán de lucro. Ya que no son beneficiosos del capitalismo, los explotados son puros de tales apetitos: "la clase obrera" y sus organizaciones son desinteresadas, fraternales, generosas, solidarias con los explotados del mundo entero (2). Una visión rousseauiana de la inocencia humana es inherente a la ideología revolucionaria: lo que equivale a eliminar este otro límite del hombre, que el vocabulario cristiano designa por la palabra "pecado" —a menos, naturalmente, de localizarlo tan sólo en los capitalistas!

De este modo, el veto sobre la fragilidad de la vida se junta en la lógica militante, con la prohibición de tratar sobre las verdades políticamente molestas, "recuperables" por el adversario de clase, que se deben dejar en silencio para "no desesperar a Billancourt". Sin embargo, sigue siendo difícil no hablar nunca de temas tan embarazosos como el sufrimiento y la muerte; pero, por el modo mismo de hacerlo, el discurso militante —ya tratado de la forma sublime cómo el revolucionario devoto o mártir entrega su vida para que se instaure un mundo mejor (3), ya denunciando la injusticia que caracteriza la muerte de los explotados, hecha más precoz por su situación dramática— contribuye también a disimular su carácter ineluctable: se celebran o se denuncian circunstancias de determinadas muertes para no tener que hablar de la muerte misma.

Volvamos a decirlo para evitar los equívocos: es evidente que ningún marxista ha tenido jamás la idea descabellada de negar la fragilidad de la vida o el egoísmo de

(2) "La clase obrera es la única clase de nuestra sociedad que no aspira a explotar a nadie, pero que, al contrario, tan sólo puede liberarse, liberando a la sociedad de toda explotación, de toda opresión. La clase obrera tan sólo tiene sus cadenas que perder, y tan sólo puede liberarse haciendo saltar TODAS las cadenas" (G. Marchais, en L'Humanité del 10.6.1975);

(3) "Lo que mis ojos quizá no puedan ver, otros ojos lo verán. Y la luz vencerá las tinieblas, la vida será mas fuerte que la muerte!" (J. Duclos, al final de "Ce que je crois" (Lo que yo creo))

UNA LOGICA INFLUYENTE

la gente de "la clase obrera" o de creer que, en la sociedad socialista, eso vaya a desaparecer. Pero a causa de los objetivos que se han fijado, el discurso militante excluye el problema de la finitud de la comunicación: se expresa, por lo tanto, como si la finitud fuese abolida.

UNA LOGICA INCONFUNDIBLE, PORQUE ESTA ADOSADA A LA MORAL

La dramatización, por la indignación que suscita, lleva a la sensibilidad marxista a reducir todos los problemas que aborda a su sola dimensión moral, "la lucha de las clases", porque al ser el combate de los explotados contra los explotadores, es sentida enseguida como la lucha de los inocentes contra los culpables, de los buenos contra los malos, y, al final, del bien contra el mal: de ahí la tendencia al maniqueísmo que caracteriza, por regla general, el discurso militante.

El tono y la forma de este discurso (denuncia, cólera, indignación) son los mismos de la requisitoria: plantándose como los defensores de los oprimidos, los militantes se han apoderado de la causa de la justicia: incluso, se han hecho de ella una especialidad (4). Esta conciencia aguda de estar de parte de los pobres sitúa automáticamente al contradictor en el campo de los opresores; la menor objeción ve levantarse contra ella un sistema de argumentación a base de hechos escandalosos —los dramas del paro, las persecuciones de Chile, los bombardeos de Vietnam...— que hablan a favor de las tesis y de la elección militante y muestran al contradictor de qué horrores se hace objetivamente cómplice.

A nivel de discurso militante, la famosa "sospecha" marxista no tiene más contenido que el moral: olfatea y denuncia el cinismo del "adversario de clase" y descubre, detrás de aparentes buenas intenciones, un maquiavelismo que no se relaja nunca. En el discurso comunista la imagen del gobierno y del patronazgo roza lo satánico.

El resultado de semejante lógica es el escoger de tal forma las verdades, según que sean o no sean "recuperables" por el adversario, que la oportunidad política se convierte en el único criterio susceptible de dar validez a un argumento. Así, en nombre de esta exigencia moral de la justicia y de la "solidaridad de clase", el discurso militante llega a encerrarse en un universo mental estrechamente compartimentado, impermeable a toda verdad que no confirme sus "a priori".

(4) Georges Marchais "El P.C. siempre de parte de las causas justas" (titular grande en primera página de L'Humanité, 16.9.75) "El Partido de las manos limpias" (titular grande también en primera página de "Action", periódico de los comunistas en la fábrica, Junio de 1976).

F. DENANTES

MOTIVOS DE LA SEDUCCION MARXISTA SOBRE LOS CRISTIANOS

Permanecemos a menudo tan cegados por los clichés habituales proyectados sobre el marxismo (el materialismo, el odio, la violencia...) que dejamos de notar hasta qué punto los militantes tienen una conciencia de su compromiso que está en los antípodas de lo que estos calificativos les reprochan.

El resorte profundo de la atracción marxista es la dramatización; ahora bien, ésta induce un modo de razonamiento que parece irresistible para conciencias cristianas, por las muchas afinidades que presenta con las exigencias del Evangelio:

— los explotados, "la clase obrera", por sus condiciones de vida tan duras, están en la situación de los "pobres de Yahvé" y de estos "pequeños" a los cuales Cristo concede su preferencia. El "descontento" ¿no es similar a la insatisfacción evangélica? "Los cristianos deben ser unos inadaptados" y conocer la inseguridad;

— la atención a los oprimidos atestigua la preocupación por los más pobres, es la forma moderna de la *compasión* (¡incluso si esta última palabra no resulta evidentemente marxista!); por ello, el "hecho de vida" de la Acción católica es casi siempre un hecho dramático;

— al llamar a una lucha colectiva de liberación, el militantismo apela a esas cualidades evidentemente cristianas que son el valor, la entrega, el sentido de la solidaridad....

Por lo tanto, mientras se acusa a "la lucha de las clases" de excitar la violencia y el odio, los militantes la sienten más bien como una extraordinaria experiencia de fraternidad.

Se reprocha también a los marxistas su inmoralidad, pero si minimizan ciertas exigencias morales (la pureza sexual, la fidelidad a la práctica religiosa...) es porque no quieren dejarse hundir en la insignificancia de cuestiones accesorias mientras la exigencia más fundamental, la justicia, continúe siendo objeto de mofa. Sería más exacto acusarles de *angelismo*, por el hecho de que oponen sin parar su pureza y su inocencia a las componendas e ignominias del adversario.

Se les achaca también su "materialismo" —que ellos califican de "científico"—, pero si la palabra pretende significar un determinismo riguroso, que quita la libertad, hay que decir entonces, a riesgo de sorprender, que no existe, hoy día en Francia, gente menos materialista que los marxistas, dado que su visión política está dominada por un *voluntarismo* exacerbado: su discurso parece que afirma siempre que van a poder labrar el porvenir según sus deseos (¡el porvenir será tal como lo haremos nosotros, si estamos convencidos y decididos!); no paran de exaltar la libertad y el poder del hombre: y rechazan, no sólo el fatalismo, sino todo lo que parece susceptible de limitar la responsabilidad humana, disolviéndola en causalidades personales: los "análisis" del discurso militante, más que descubrir causas, designan cul-

UNA LOGICA INFLUYENTE

pables; los fracasos tan sólo se atribuyen a la mala voluntad del adversario (véanse los "análisis" sobre el fracaso chileno).

Tal preocupación de mantener el futuro abierto a todas las posibilidades y de salvaguardar la responsabilidad del hombre ¿cómo no iban a sentirla los cristianos como un impulso de la fe en la libertad humana, frente a un mundo percibido como cada vez más aplastante e impersonal? El discurso militante atestigua tal rechazo del determinismo, que se debe decir que es más bien por su *idealismo*, y no por su materialismo; cómo el marxismo seduce a los cristianos (5). ¿Cómo no serían sensibles a un discurso marxista que se ha convertido en el ámbito de una auténtica *competición de buenas intenciones*? "Ser marxista" ¿no quiere decir que uno está *a favor* de la libertad? ¿*a favor* de la igualdad? ¿*a favor* de los pobres? ¡Ninguna miseria humana se libra de la inquietud del "Programa común"!

Se oye decir a menudo que, gracias al marxismo, algunos cristianos han percibido, por fin, la importancia de lo político; el moralismo del discurso militante, ¿no revela más bien su descubrimiento de una afinidad instintiva entre una preocupación de protesta moral y una actitud política de oposición, de la cual el marxismo ha sido siempre, en Francia, la punta de lanza? La oposición permite, en efecto, un despliegue sin trabas de las más generosas intenciones, mientras el ejercicio del poder limita la realización de dichas intenciones a un posible necesariamente restringido (6).

Así, se entiende por qué ciertos cristianos no tienen dificultad en vivir e interiorizar el marxismo, aportándole aún más calor y convicción de lo que tiene en su expresión política o sindical corriente. El militantismo de "lucha de clases", por su marginalidad en relación con las instituciones, por su atención hacia los pobres y las víctimas de la injusticia, su rechazo del "desorden establecido" (tanto religioso como político) ¿no vuelve a encontrar la gran vena profética de Amós o de Isaías, y sobre todo, de Cristo "el Subversivo de Nazaret"? Al famoso conflicto entre revolucionarios y reformistas, le descubren el mismo sabor que a la tradicional oposición de la perfección a la mediocridad. Sin contar que, al tomar parte en la "lucha de las clases", estos cristianos demuestran a la "clase obrera" que, al fin, la Iglesia ha dejado de ser indiferente a la condición de los oprimidos. En cuanto al veto referente a la fragilidad de la vida, los militantes cristianos lo respetan con más rigor aún que los incrédulos, por el miedo que tienen a parecer dar un fundamento a la sospecha

(5) La indignación es, de por sí, antifatalista: implica que existe una solución; uno no se indigna contra la fatalidad, sino contra una actualidad que puede ser diferente. ¡Así se explica por qué es un sentimiento tan espontáneamente marxista!

(6) Si a los cristianos progresistas les gusta identificarse con el Israel del Exodo, tienen buen cuidado, sin embargo, de no entrar con él en la Tierra de Promisión. El socialismo está demasiado idealizado como para que no teman su realización.

F. DENANTES

de una religión de evasión ("el opio") que convierte siempre a los creyentes en aliados dudosos en el combate político.

UNA REFERENCIA RELIGIOSA EXHAUSTA

Si uno toma el índice de una publicación de cristianos progresistas o el informe de una cualquiera de sus reuniones, se puede estar seguro de que todos los temas abordados lo serán a partir de la única preocupación por la justicia o la "lucha de las clases"; el discurso religioso de los militantes cristianos se amolda totalmente a las exigencias y a las prohibiciones de su discurso político y parece identificar la meta de la fe con la finalidad del combate político: con un objetivo político tan profundamente sublime, ¿cómo no iba a aportar la fe un apoyo total y sin reserva?. Pero el discurso de la fe debe saber, al mismo tiempo, dejar en silencio todo lo susceptible de relativizar la lucha o de desanimar a aquellos que le sacrifican su vida. Así, el discurso militante cristiano llega a excluir, a veces incluso a rechazar de forma implícita, cierto número de temas tradiciones y a menudo fundamentales, en la expresión de la fe:

— la oración y la práctica religiosa: son señales de una huída de las urgencias políticas para refugiarse en la piedad;

— el sufrimiento, la muerte, la Cruz: el mero hecho de hablar de ello presenta el riesgo de empujar a la resignación y de desarrollar unas tendencias masoquistas;

— la humildad: es sinónimo de pasividad y de capitulación;

— una vida eterna más allá de la Resurrección: su espera presenta el riesgo de desmovilizar del único verdadero porvenir que se refiere a todos los hombres, incluyendo a los incrédulos, a saber, el porvenir político, el porvenir de este mundo;

— una salvación ya adquirida y disponible gracias a la venida de Cristo, el hecho de que las Bienaventuranzas puedan recitarse ya en el presente: sería insultar el sufrimiento de los hombres que se hallan actualmente oprimidos, y romper el resorte de la dramatización;

— finalmente, todo "corpus" dogmático: da a los creyentes una garantía de seguridad, mientras que tantos hombres se hallan agobiados por la inseguridad; el cristianismo debe vivir fraternalmente la misma incertidumbre que todos los hombres que luchan y buscan.

El que se atreva, en una reunión de militantes, a sostener uno de estos temas, corre el riesgo de verse ametrallar por una ráfaga de acusaciones ("te dejas recuperar por el capitalismo, te refugias en la piedad, vuelves a caer en la ideología religiosa...") de una temible eficacia, ya que descansan en una lógica que parece implicar que, tan pronto se abandonan los recelos sobre esos temas, se reniega de la solidaridad con los explotados.

UNA LOGICA INFLUYENTE

¿En qué se convierte, pues, la expresión de la fe cuando se deben respetar semejantes vetos? Se refugia en una competición de moralismo y de voluntarismo —centrados, naturalmente, en la justicia. El criterio de la fe ¿no es “hacer la verdad”? Siempre es esta preocupación de moralismo la que explica el encarnizamiento con el cual los cristianos progresistas critican a la Iglesia: a menudo, su discurso parece que no le admite otra razón de ser a la Iglesia que el sostener la promoción de la justicia. Sin embargo, la prohibición de adoptar cualquier distanciamiento crítico con respecto al discurso político va a introducir algunas ambigüedades en este moralismo. En primer lugar, el aceptar sin reserva alguna, todas las aspiraciones a la expansión del discurso militante y su hedonismo: la operación queda facilitada por la sustitución de la palabra “caridad” por la de “amor” (¿no es johánica?). Y por el uso abundante de la categoría bíblica de “liberación”; ambas palabras son lo bastante vagas como para soportar significaciones muy extensivas. En segundo lugar, si el discurso militante es vehemente para condenar “el beneficio” o “esta sociedad en la cual el dinero es rey”, demuestra, en cambio, una extrema discreción en lo que se refiere al afán de dinero, ya que, por nada del mundo se debe desmovilizar el descontento de los explotados y su combate, relativizando los motivos; ¿cómo no serían legítimas las reivindicaciones de “la clase obrera”?

La referencia cristiana se manifiesta por una preocupación por bautizar este moralismo, por envolverlo en un reconocimiento constante de Cristo: “hacer la justicia”, ¿no es tener, en el más alto grado, la preocupación por el pobre, y, por lo tanto, encontrar a Cristo, tal como lo prueba el gran texto, incansablemente citado, del Juicio Final? (7). En el corazón de su acción, el cristiano reconoce y afirma a Cristo (8).

Pero el discurso militante puede ir más lejos: cogido en el engranaje de la polémica, da, en efecto, una imagen tan caricaturesca de las expresiones religiosas, de las que recela, que se le hace imposible aludir a ellas.

La consecuencia de tal proceso es la de convertir en superflua la referencia religiosa; si el ateísmo ambiente no sabe por qué hablar de Dios, este lenguaje, en su incertidumbre, no puede sino confirmarlo, por la forma artificial en que introduce a Dios o a Cristo: no se ve a qué vienen ni si la fe es otra cosa que una actitud de autosugestión. Los militantes cristianos se dan cuenta tan claramente de ello, que sus preguntas vuelven siempre al problema de la fe. “¿Qué es lo que nos diferencia de los incrédulos? ¿Cómo puede ser que muchos de ellos sean mejores que nosotros? ¿Qué importa tener la fe, ya que la preocupación por la justicia es la única cosa esencial?...”.

(7) Evangelio según San Mateo, capítulo 25

(8) Particularmente significativo de esta tendencia a una afirmación altisonante de Cristo es el discurso de la A.C.O. y de la J.O.C.

F. DENANTES

No teniendo ya derecho de aludir a la humildad, es decir, a esta pobreza radical del hombre que designa el lugar de arraigamiento de la fe en la experiencia humana, el discurso militante reduce la fe a ser tan sólo un "doping" moral, un estimulante a la generosidad, al "compromiso"; se limita a la actitud del apóstol Pedro antes de renegar y de la Resurrección: generoso, pero tan consciente de serlo que ya no necesita a Cristo.

A fuerza de sufrir los asaltos de una preocupación exclusivamente crítica y sin posible salida, es inevitable que la referencia religiosa acabe perdiendo toda razón de ser: ya que ¿cómo conservar la fe cuando los cristianos con los cuales uno se encuentra procuran ahogar toda veleidad de formularle un contenido? ¿Qué debe retenerse de la Encarnación de Cristo cuando, por temor a hacer la competencia a las aspiraciones revolucionarias de los explotados, se quita toda la idea de supervivencia para no ver ya en la Resurrección sino una alegoría de liberación? ¿Puede uno creer en una salvación que aparece condicionada por una revolución política?

En los militantes que no se hayan reservado un reducto personal inaccesible a estos razonamientos, para conservar cierto número de preocupaciones que, precisamente, estos descalifican (la oración, el soportar el sufrimiento, los gestos de la caridad más tradicional...) la fe y el vínculo con la Iglesia no pueden menos, a la larga, que quedar ahogados. Pero el hecho de mantener este reducto les obliga a vivir constantemente disociados entre el discurso militante y la vida personal. Disociación ilustrada por la oración que cierra algunas reuniones de militantes: después de haber discutido tan sólo sobre huelgas, táctica política, contestación dentro de la Iglesia... se oye surgir de repente en el momento de dirigirse a Dios, una multitud de preocupaciones muy molestas, pero rechazadas de los debates (un fallecimiento, un enfermo desahuciado, un matrimonio que se rompe...); rezan sobre temas sobre los cuales no quieren reflexionar, después de pensar en otras materias que no tienen su lugar en la oración.

¿QUE SOCIEDAD "PRODUCE" EL DISCURSO MILITANTE?

Estamos tan acostumbrados a considerar la crítica marxista de la religión bajo un ángulo filosófico, que el lector no podrá dejar de sorprenderse por el carácter sicologizante de nuestro análisis. Por lo tanto, pretenemos aquí comprobar si el contenido de esta crítica de la religión, tal como la fórmula el discurso militante, justifica realmente el temor que suscita en los cristianos, o si este temor se explica sobre todo por el peso de la formidable reputación del marxismo.

En el discurso militante los argumentos del ateísmo se reducen a las dos afirmaciones siguientes: la religión es "producida" por las condiciones socio-económicas; es el "opio del pueblo", es decir, un refugio y una coartada para los oprimidos que no se sublevarán. Ahora bien, estas afirmaciones ¿son lo bastante apremiantes como para ocasionar la pérdida de la fe?

Que exista una vinculación entre la religión y una situación socio-económica de subdesarrollo material y cultural, y también una vinculación entre religión y neurosis (9), en la medida en que la interrogación de la fe y la oración nacen lo más a menudo de situaciones de angustia frente a la soledad, del sufrimiento y de la muerte... son observaciones psicológicas y sociológicas que pueden explicar el mayor o menor éxito de la religión, pero que no se plantean la interrogación sobre el sentido de la vida que es la cuestión religiosa, ni la verdad de tal o tal religión.

Todo ocurre como si el marxismo hubiese hecho sentir a los cristianos como una *tara* el hecho de que la cuestión religiosa —y la oración, que es su traducción espontánea— vaya ligada, para el hombre, a la experimentación de sus límites y de su debilidad. ¿Pero dicen otra cosa Job y los Salmos? La multitud de gente que asediaba a Cristo, ¿no estaba constituida por lisiados, gente golpeada . . ., en resumen, gentes que no pueden más? La tradición de la Iglesia, cuando nos habla de humildad, ¿no nos ha enseñado que el punto de anclaje de la fe estaba en una experimentación de nuestra pobreza? Los cristianos marxistas ¿pretenden descubrir una expresión de la fe tan nueva que excluya toda alusión a la humildad? (10). Por ello, pensamos que el complejo de los cristianos con respecto a estos argumentos del marxismo militante no procede de su fuerza, sino del hecho de que tocan una cuerda particularmente sensible de nuestra mentalidad moderna; por lo tanto, su éxito nos devuelve al análisis del contexto cultural que los ha "producido".

Nuestro rechazo de una religión ligada a una experiencia de debilidad, ¿no viene del hecho de que esta religión choca con la imagen que nos hacemos del hombre cabal (un ser de pie, fuerte, que construye su porvenir...) y del hecho de que nos avergonzamos de una fe que nos obliga a reconocer nuestra radical impotencia?. Cualesquiera que sean las deformaciones que pueden ocasionar en ciertas actitudes religiosas, la fragilidad de la vida y la debilidad del hombre no son inventos de la religión; son datos de la existencia contra los cuales el hombre debe luchar, sin duda, pero debe también saber reconocer (11).

Las consecuencias —políticas— de esta vergüenza se hallan en el funcionamiento de una sociedad que, por una parte, oculta la muerte (12) y, por otra, marginaliza a toda la gente acorralada a un estado de impotencia definitivo; los ancianos y los enfermos graves, físicos o mentales. Los marxistas también denuncian esta marginalización, pero para imputarla al capitalismo como único responsable. Sin embargo, ¿son ellos mismos, en verdad, inocentes?

(9) Por medio de la palabra "opio", los marxistas se apropian, en general, de las explicaciones psicológicas que pretenden reducir el fenómeno religioso.

(10) Por otra parte, resulta sorprendente comprobar la ausencia total de toda referencia a la Tradición de la Iglesia en el discurso de los militantes cristianos: parece ser que entre ellos y las Escrituras no haya nada, icómo si ellos fuesen los primeros creyentes!.

(11) Cfr. el título de la obra de Bonhoeffer "Resistencia y sumisión" y en particular, la carta que lo comenta.

(12) Cfr. Philippe Aries "Essai sur l'histoire de la mort en Occident", Le Seuil, 1975.

F. DENANTES

Es sorprendente ver cómo la dramatización militante, que se muestra tan atenta para descubrir y denunciar los sufrimientos debidos a la injusticia, observa, en cambio, un mutismo total en lo que se refiere a los sufrimientos ineluctables. Si los enfermos mentales siguen hallando un lugar en ciertas extensiones del discurso militante, la solicitud de éste se detiene frente a los sufrimientos cuya responsabilidad política no puede achacarse a nadie. Los ancianos, los lisiados, la gente que se aproxima a la muerte o están abrumados por la soledad, ya no entran, en lo que constituye su más profundo desamparo, en la preocupación militante, aun cuando estén viviendo las situaciones más dramáticas de su existencia. Para ellos, en efecto, la lógica revolucionaria deja de funcionar: ¿puede dramatizarse la situación de gentes que marchan ineludiblemente hacia un porvenir aún más sombrío?

Mas aún: al preocuparse por estas miserias sin solución, al escuchar las angustias de aquellos que las padecen, el militante, ¿no corre el riesgo de desmovilizarse del proyecto de construir el porvenir malgastando su energía en acciones innecesarias, por estar desprovistas de impacto político?.

Bajo la influencia de la sensibilidad militante, ¿cuántos debates en la Iglesia, sobre todo entre los sacerdotes, no han sopesado la preocupación pastoral por "la clase obrera", evidentemente prospectiva y primordial, con aquella, tradicional y algo anticuada, por los enfermos o los ancianos?.

Así, la lógica militante ha llegado, sin que lo sepan sus autores, a legitimar un mecanismo de exclusión del que se puede preguntar si no se ha convertido en el problema más inhumano y más grave de nuestras sociedades occidentales. Esta ocultación del final de la vida, tanto en el discurso como en la realidad social, ¿no es señal de una sensibilidad moderna que recurre a todos los medios, incluida la preocupación por la justicia, para huir de la cuestión a la que más teme?.

EXIGIR EL RIGOR...

Los cristianos reprochan constantemente al marxismo el ser ateo y opresivo. Ahora bien, el análisis de la lógica militante muestra que la reivindicación de un ateísmo teórico tiene, sobre todo, un valor simbólico: es la fianza intelectual de un vaciamiento de la cuestión religiosa. En cuanto a la opresión, si causa estragos en los regímenes socialistas, no se la podría reprochar a los marxistas franceses, dado que no tienen el poder. La verdadera causa de un antagonismo con la fe nos parece que estriba en la dramatización, por el tipo de lógica únicamente afectiva que pone en marcha; cuando el análisis en términos de "lucha de clases" llega, como en el caso del discurso militante, a ver todos los problemas políticos reducidos al conflicto explotadores/explotados, a poner todo el bien por un lado y el mal por el otro, a parecer animado tan sólo por la preocupación, convertida casi en obsesión, por la justicia,... ¿no ha vuelto a encontrarse el mismo *esquematismo simplificador y afectivo* que desarrollan todos los fenómenos de agresividad? La religión es una víctima de ese esquematismo.

Frente a semejante mecanismo psicológico, no sirve de nada plantear el problema religioso como una objeción particular; la primera urgencia nos parece ser, más bien, la de *volver a introducir el sentido de la complejidad de lo real*. Si es verdad que el militantismo suscita mucha generosidad, también lo es que suprime sin miramientos toda exigencia de rigor intelectual; pero se lo disimula a sí mismo, persuadiéndose de que el patronazgo de Marx, bajo el cual se abriga, es una garantía definitiva de racionalidad y de valor científico.

¿Cómo sorprenderse de esta ausencia de rigor? A fuerza de eliminar todos los argumentos molestos, bajo el pretexto de que hacen el juego al "adversario de clase", el militantismo se ha constituido en un "análisis político" extremadamente sumario. La urgencia política, frente a tal procedimiento, es obligarle a volver a introducir otras cuestiones además de aquellas que él mismo se plantea, recordarle que el problema de la justicia es más complejo que la visión simplista de "la lucha de las clases" y que barrer una cuestión porque es "reaccionaria" y "recuperable", es practicar, intelectualmente, una actitud de avestruz.

Recojamos aquí algunas de estas cuestiones, ateniéndonos a aquellas que se refieren a la vez a la moral y a la política:

— Recordemos en primer lugar la marginalización de los excluidos por la preocupación militante, de la cual hemos hablado anteriormente.

— ¿No es la justicia una noción fundamentalmente relativa? A fuerza de no querer reconocerlo, por miedo a desmovilizar el descontento, el discurso militante autoriza a cualquiera a dramatizar su propia situación; abandona la reivindicación de la justicia al único juicio de la subjetividad, individual y sobre todo categorial, olvidándose de que ésta busca el criterio de lo justo y de lo injusto en los más ricos y no en los más pobres. Así, el militantismo marxista ha funcionado como la legitimación de la espiral del crecimiento indefinido de las necesidades materiales, que es indiferente a la pauperización creciente de toda una parte de la humanidad como demuestra la experiencia. En efecto ¿basta con *sentirse* víctima de la injusticia para colocarse en el campo de los explotados? Si hay "lucha de clases", ¿dónde está la división, dónde las fronteras verdaderas entre explotadores y explotados?. Una visión del problema a escala mundial, ¿no desplaza notablemente unas fronteras demasiado espontáneas, devolviendo a mucha gente que se dice "explotada" al lado de los "ricos"? El gran reproche que se debe hacer a esta noción de "lucha de clases", no es que sea generadora de violencia, sino que, gracias a su carácter vago, sea recuperable por cualquier insatisfacción.

En efecto, ¿qué otra cosa es a menudo la "conciencia de clase" que una "posada española" donde cada uno trae su descontento o sus frustraciones y viene a sublimarlos en el cálido ambiente de una indignación compartida? ¿Es suficiente una identificación *afectiva* con los explotados del mundo entero para definir una solidaridad *efectiva* con ellos? La potencia movilizadora del concepto de "lucha de cla-

F. DENANTES

ses" ¿no procede, sobre todo, del hecho de que vehícula un contenido sentimental?

— ¿En qué puede desembocar una dramatización convertida en un reflejo casi generalizado? La operación política que consiste en multiplicar los descontentos, lejos de desembocar en "otra sociedad" ¿no provoca más bien el riesgo de ocasionar un amplio *embotellamiento*, con o sin cambio de régimen político, pero en el cual serán, una vez más, los explotados los que pagarán los vidrios rotos de una operación nula, por estar demasiado llena de problemas?.

— ¿Qué es lo que autoriza a pensar que una movilización de categorías, basada en la dramatización de la situación de los interesados, no vaya a ocasionar un repliegue sobre sus solidaridades parciales, acentuando los particularismos? Ocurre con los grupos sociales lo que con los individuos: Cuanto más absortos están en sus propios problemas, más y más se compadecen de sí mismos, menos sensibles resultan a las dificultades ajenas. Si el descontento es un innegable factor de politización, dicha politización reduce también el sentido del bien común a unos intereses muy limitados. ¿Basta con envolverlo en una presunta "lucha de clases" mundial para borrar estos efectos de repliegue? La evolución actual del Partido comunista francés hacia un nacionalismo cada vez menos oculto no es sino el término psico-sociológico normal de un proceso de dramatización que, a la larga, debía ineludiblemente llevar a los comunistas a replegarse sobre una solidaridad limitada al "pueblo de Francia". La exhibición de espíritu patriótico de que hacen gala (cf. sus incesantes rememoraciones de la Resistencia) supera hoy, con mucho, la de todos los partidos de la derecha.

— Finalmente, nuestra imagen actual del futuro ¿puede seguir soportando la dramatización del presente? Lo hemos demostrado anteriormente: la dramatización resulta tan inseparable de la ideología del progreso que ha hecho de la misma una exigencia moral; es preciso que mañana sea mejor que hoy, el sufrimiento de los explotados lo requiere.

Desde el siglo XIX la fe en un futuro mejor ha sido casi parte de nuestro inconsciente cultural. Pero ¿no estamos presenciando, hoy en día, un desmoronamiento rápido de la confianza en el porvenir, a favor no sólo del pesimismo, sino incluso del miedo? Las causas de este desmoronamiento son múltiples: el desencanto que ha seguido a ese paroxismo de la utopía que fué Mayo de 1968, la guerra de Kipur, que ha descubierto de repente a la opinión la extrema fragilidad de nuestra economía occidental; la superpoblación; la contaminación; la crisis universitaria y el paro de los titulados, que vienen a romper la tradicional aspiración a la promoción por la escuela...

El retorno de la curiosidad sobre la muerte, atestiguado por la multiplicidad de estudios de los que es actualmente objeto, después de una larga ocultación ¿no es señal de ello?.

UNA LOGICA INFLUYENTE

Entretanto, por la inercia de la velocidad adquirida y bajo la garantía del marxismo, se sigue dramatizando; pero esto ¿no se ha convertido en un lujo que ya no se puede permitir una sociedad que ha dejado de creer en el futuro? ¿A dónde puede

llevar, en particular, la dramatización de la situación de la juventud —la cual representa un florón de la preocupación marxista— practicada por una sociedad que ya no sabe lo que le puede ofrecer? ¿No se trata de un juego muy peligroso, que presenta el riesgo de ocasionar un despliegue del sentimiento de lo absurdo, en los antípodas de tantos discursos optimistas sobre el socialismo?

Pero en todo ello, nos dirán, ¿dónde está el problema de la fe?. Desde luego, estas interrogaciones no son sino políticas y morales; pero, al recordar la complejidad de lo real, al relativizar una elección política que tendía a plantearse como un absoluto, al disolver la manera excesivamente espontánea con la que los marxistas se identifican con la causa de la justicia, estas interrogaciones abren la posibilidad de plantear la cuestión religiosa y el problema de Dios en el único clima en el cual hallan su sentido: el de la apertura y la modestia.